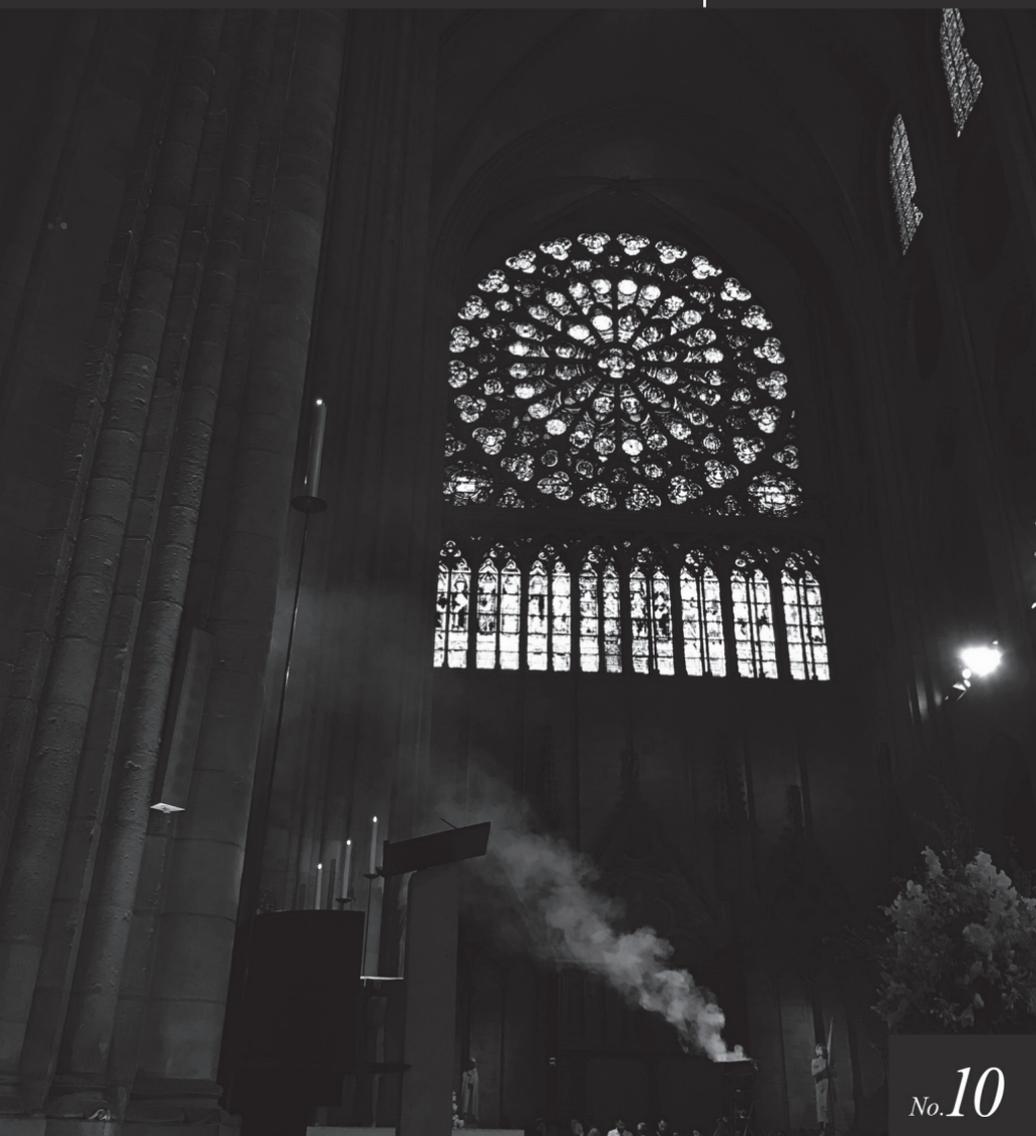


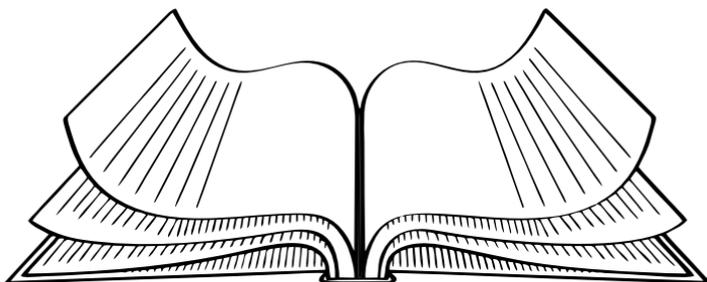


PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

Cuento
Poesía
Fotografía



No. **10**



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

www.porescrito.org



ÍNDICE

HABLANDO POR ESCRITO

RITMOS

Me dicen que vienes 6
Yamil Narchi Sadek

La espera envejecida 7
Yamil Narchi Sadek

Oquedades que se abren 8
Andrea Fischer

FIRMAS

Jugar a inventar palabras 9
Alberto Ibarrola Oyón

Katia 11
Juan Carlos Padilla Monroy

Despertar 17
María Elena Sarmiento

Cara de niño 19
Cecilia Durán Mena

IMAGINARIO 22

PERSPECTIVAS

Una historia muy mexicana 27

María Elena Sarmiento

VOCES

Visita guiada 30

Emanuel Bravo Gutiérrez

El infiel 37

Ulises Manzano González

Ojos de búho 46

Daniel Anaya López

El búho 50

María Belén Romero Rangel

Como agua entre los dedos 58

José Iván Gutiérrez Navarrete

Anhelo 60

Guadalupe Alessio Robles

CONVERSACIONES

Cómo llegué a ser pintor 62

Cecilia Durán Mena

HABLANDO POR ESCRITO

Hay un grito encerrado entre los renglones que conforman estas páginas. Hay un gris que huele a lápidas y a parafina quemada. Hay piedras por las cuales se deslizan los vapores del incienso. Se escuchan los ecos de unos pasos que se acercan. Sentimos pesos sobre el pecho y no los sabemos explicar. La advertencia está hecha: aquí puedes encontrar esas preguntas que no se atreven a ser articuladas y esa agonía que no encuentra ni puestas de sol ni crepúsculos. Son ideas que corren por la vastedad del vacío de una hoja que apenas recuerda el color blanco. Las letras se unen en palabras como si estuvieran ciegas con el tono sucio que usan las nubes por la tarde, antes de que empiecen las tormentas, como barcas perdidas que esconden estrellas rotas en sus bodegas. Para entrar, hay que traspasar el dintel de la puerta que se dibuja entre los renglones y párrafos que se contienen en estas hojas.

En este número, **Pretextos literarios por escrito** sirve de anfitrión y da casa a los textos triunfadores del Concurso Concurso de Cuento de Terror, realizado en el marco de las **Jornadas Académicas “*Bram Stoker: del terror a otros vampiros*”**, convocado por la Universidad del Claustro de Sor Juana y la Embajada de Irlanda en México. Tal vez sea por eso por lo que se perciben los rechinos de crujías y le damos permiso a ese espacio íntimo de la mente para dilucidar por qué sudamos frío y nos rechinan los dientes.

Abrimos un espacio para contar con el privilegio de entrar con toda autorización por esa puerta que el autor dejo

entrecerrada y nos invita a pasar. Subiremos a esas palabras, nos montaremos sobre los renglones que nos lleven a pasear por esos lugares en penumbra, oscuros, sombríos mientras estamos sentados en la sala, en un sillón de espera, en la cama; mientras estamos quietos o en movimiento.

Advierto, tienes entre tus manos la posibilidad que te llevará a morderte las uñas en el metro, llorar en la antesala, temblar frente a los compañeros de travesía, sentir el sobresalto de que suene el timbre del teléfono y saborear el regusto que deja el punto final que nos devuelve al mundo de la cotidianidad.

En nuestro empeño de seguir atrapando lectores para no dejarlos ir, ponemos a tu disposición el número 10 de Pretextos literarios por escrito.

La editora general



ME DICEN QUE VIENES

de Yamil Narchi Sadek

Me dicen que vienes

de allá

pero no traes nada que lo pruebe

Tráeme

un cabello de mi madre muerta

un relincho de mis juegos

una llave que me abra

y pasarás a la casa de mis ojos

y comerás uvas, beberás agua





LA ESPERA ENVEJECIDA

de Yamil Narchi Sadek

La espera envejecida
del poema que esa noche
dijo que volvería

del favor indecente
de esa musa
de oficios blancos

La página espejo
de mi edad que pasa

La página pañuelo
que agito en la estación
de la palabra.



OQUEDADES QUE SE ABREN

de Andrea Fischer

Cuando los párpados se caen,
el cuerpo se neutraliza:
las manos dejan de llamarse manos
—pues dejan de cumplir su función—,
y las piernas se sedentarizan.
 Sólo queda la respiración
 y el corazón, que riges todos los demás compases.

Pero queda sonando vacío.
Es un repicar hueco, renegado y autoimpuesto:
un diseño que tiene forma, pero que carece de
 espíritu.

Opaco: una válvula mecánica
que hace correr aire helado entre los canales desocupados
y mantiene la ilusión de
un cuerpo funcional.

Compás hendido,
venas huecas y
ventiscas de polvo que esperan
 un estímulo umbral
en silencio,
 insensibles.

Y entonces, el circuito
resplandece:

hay imágenes que se revuelven en el interior
que derriban las columnas
y hacen estallar las pilastras añejas.

Se desencadenan las Pasiones
y con sus ecos se ahoga la Razón.
Muerte a la mente
y aparece todo lo demás.

Y entonces, los párpados se abren.



Eduardo Caballero



JUGAR A INVENTAR PALABRAS

De Alberto Ibarrola Oyón

En una comunidad de homínidos prehistóricos, se estaba formando una lengua nueva. Aquella actividad de inventar sonidos con significado, que usaban para referirse a otras entidades y a sí mismos, les resultaba muy divertida, sobre todo a las mujeres y a los niños. En tanto que el gélido aire del invierno glaciador azotaba las copas de los árboles, produciendo un estrépito de silbos que retumbaban en las inmediaciones y más allá, dentro de la cueva, ya de noche, en torno al fuego que habían conseguido encender y alimentar con hojarasca seca y ramas recogidas durante el día concluido, un corro de mujeres, algunos hombres y todos los niños y niñas, jugaban a crear un nuevo sonido articulado para cada figura representada con gestos de las manos. Adán llevaba la voz cantante, pues era quien había recibido la inspiración de nominar cada cosa con un juego de sonidos, con un vocablo, para poder comunicarse mejor con todo el grupo. Notaba que, como por arte de magia, el comportamiento de todos aquellos que entraban en su juego de significantes y significados, dejaba de ser tan animal, se racionalizaba y conseguían aprender y mejorar sus condiciones de vida y someter a los demás seres vivos para ponerlos a su servicio, lo mismo que la tierra de donde aprendían ya a cultivar y mejorar los frutos que siempre habían comido de forma asilvestrada. Y su mujer Eva le acompañaba y enseñaba a los niños aquellas palabras, asociándolas a un significado con el que toda la tribu, grupo o familia estaban conformes.

Sin embargo, uno de los hombres, el jefe de los cazadores y de los guardianes armados de la cueva, fiero y aguerrido, quien sentía una vehemente pasión por Eva, celoso de la suerte de Adán, se negaba a participar y refunfuñaba ante las risas de los más pequeños, quienes crearon una cacofonía para referirse a él, algo que no le sentó nada bien y que le hizo sentir una hostilidad enorme por la pareja compuesta por Adán y Eva. Precisamente ese odio fue el que le impulsó a aprender algunas palabras, pues había decidido vengarse y zaherir a la pareja con tretas y artimañas dignas de una serpiente.





KATIA

de Juan Carlos Padilla Monroy

Soy aficionado a la literatura rusa, ique digo aficionado!, fanático sería más preciso; aunque si de precisión se trata... soy fanático de las traducciones al español de las traducciones francesas de la literatura rusa. Así es, porque entre los libros antiguos de mi abuelo, donde descubrí mi amor por estas maravillosas historias, no hallé ninguna traducción directa, pero ya no fue necesario comprar las traducciones modernas porque cuando murió mi abuelo me quedé con todos... bueno, casi todos sus libros.

Cuando camino por las calles de esta ciudad y encuentro a esas personas que compran bibliotecas enteras por módicos precios para revender sus libros,

por separado, a precios moderados, no puedo resistir la tentación de recorrerlos todos con la mirada y, si encuentro algún librito de hojas amarillentas de esos que huelen a melancólicas historias, regateo, dramatizo y exagero para conseguir el mejor precio; sobre todo si es alguna novela o antología de cuentos rusos, de esas que la URSS mandó imprimir por millares en traducciones al español de las traducciones francesas, porque parece que nadie en México sabía ruso en la década de los sesenta. Si no tengo ese cuento, en mi nada despreciable biblioteca de autores rusos, ¡lo compro!: Pushkin, Gogol, Andreiev, Korolenko, Turgueniev, Lermontov, Chejov y Dostoyewsky... sobre todo Dostoyewsky ¡que gran artista!... pero ya me estoy desviando de mi relato... resulta que soy fanático de las traducciones al español de las traducciones francesas de la literatura rusa.

Se supone que la literatura rusa está considerada como realismo trágico, obra psicológica, drama humano... pero después de leer y releer a estos autores a mí me parecen bastante fantasiosos y disparatados ¿cuánto amor insatisfecho? ¿cuánto idealismo suicida? ¿cuántas Natashas, Alexandras, Polinas, Tatianas y Katerinas enamoradas ciegamente de príncipes, generales, funcionarios, colegiales o

intelectuales desdichados? esas cosas no pasan... no pasan. Siempre cuentan que las mujeres tienen un “no sé que” que las hace irresistibles, y por ello los hombres caemos sin sospecharlo en sus maliciosas redes, pero ¿qué pueden tener estas mujeres? ¿un cuerpo escultural?, ¿unos senos prominentes?, ¿cabello oscuro, largo y enmarañado?, ¿ojos vivaces llenos de ese “no sé que” que siempre tienen?, ¿astucia y buen gusto por el arte?... no lo sé, normalmente las damas de la aristocracia son engreídas y caprichosas además de estúpidas, y quien no iba a quedarse así después de recibir la noticia de que serían obligadas a desposarse con un vejete de 50 o más años arruinado además de mujeriego y bebedor, pobrecitas, hay que entenderlas... pero ya me estoy saliendo del tema otra vez, no es que no importen todos estos detalles de libertades coartadas, arrebatos pasionales y robos místicos. Seguramente han leído suficientes traducciones al español de traducciones... bueno, probablemente ya saben de qué estoy hablando.

Lo interesante del asunto es que siempre he pensado que el drama y la tragedia rusa sólo existen en su literatura, ¡porque escriben cada cosa! que la realidad misma no lo permitiría... pero el otro día, el otro día me ocurrió algo de lo más extraordinario.

Estaba en un centro comercial, feliz porque acababa de comprar un libro que deseaba comprar desde hace tiempo; se trata de “El retorno de la sombra” de Tolkien ¿conocen a este autor? siempre he querido leer una novela de realismo fantástico con un toque de drama psicológico ruso, sería la mezcla perfecta, de hecho estoy tratando de hacer una en este momento... pero esa es otra historia; precisamente estaba pensando en esa novela cuando acababa de comprar el libro, me escurrí hasta el área de comida rápida y me senté en la mesa mientras recorría con la mirada el menú: hamburguesas, sushi, pizza, vegetales chinos, tacos... itacos no suena mal!, y con agua de horchata tendría un buen complemento. Una vez hube comido mis tacos usé la última servilleta para sonarme la nariz, nunca me ha hecho bien el picante... fue en ese momento cuando el milagro ocurrió.

Justo a la mesa de enfrente arribó una familia: papá, mamá, hermana mayor (bastante bonita, por cierto), hermana menor (que definitivamente sacó la peor parte) y... bueno, quizá fuera una prima, aunque era muy diferente del resto e infinitamente más hermosa: su cabello castaño claro, largo y ondulado, su tez pálida y sin maquillaje, sus labios delgados contrastados con su boca grande, su sonrisa perfecta por la dentadura alineada y un culo que sólo sus delgadas uñas carmesí podían delinear. Me produjo

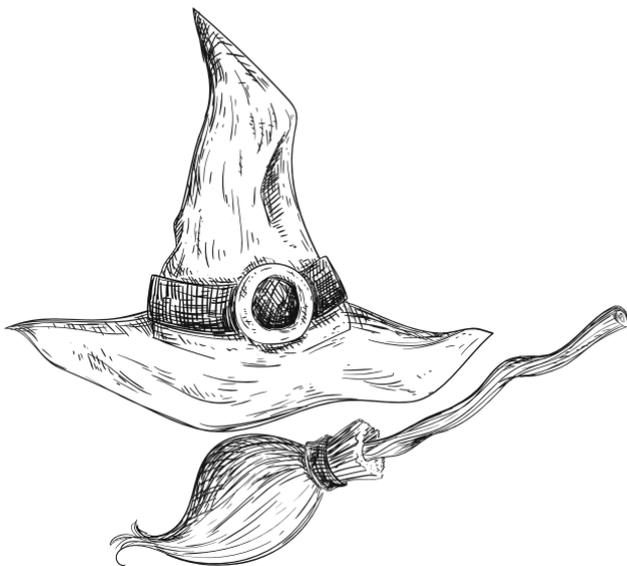
un escalofrío profundo, intenso, de la cabeza a los pies y a la cabeza de nuevo, me produjo una de esas sensaciones que no sabes cómo explicar y que sólo ocurren tres, quizá cuatro veces en la vida. Fue un robo místico, definitivamente un robo místico, no podía dejar de mirarla; sólo verla me producía una extraña felicidad... Creo que nunca podré olvidar su gorra negra, sus jeans azul oscuro, su morral rosa chiapaneco ni las botas cafés que le llegaban casi hasta las rodillas, he podido guardar en la memoria hasta el último detalle: sus ojos claros, el color de cada una de las tres pulseras de su muñeca izquierda... todo, absolutamente todo... Yo la miraba embobado, atento a cada detalle, noté que era muy expresiva y se ayudaba con ademanes marcados y exclamaciones teatrales, no lograba escuchar lo que decía, pero su voz tenía mucha energía, como la de una chiquilla malcriada que confiesa a sus padres la travesura del día... y yo la miraba, y me daba cuenta que ella sabía que la observaba, y eso la hacía más radiante porque se sonreía coqueta y me volvía el escalofrío que helaba y calentaba simultáneamente...

Estaba a punto de tragarme mis palabras sobre las Natashas, Polinas y Tatianas de mis amadas obras rusas, y luego... luego comenzaron las coincidencias... se levantó a buscar algo para comer, yo sólo podía inventarle una historia, pensaba en su vida y trataba

de adivinarla ¿qué estudiaría? ¿cuántos años tendría? ¿qué le gustaba?, pero ninguna me intrigaba tanto como saber su nombre. Entonces tomé una decisión, me acercaría cuando volviera y le preguntaría su nombre, con suerte obtendría su teléfono... bueno, algún número, y quizá tendríamos las mismas aficiones o los mismos gustos... pero sólo había una forma de averiguarlo.

Volvió minutos más tarde con una charola y me llevé tremenda sorpresa, comería unos tacos con agua de horchata, mi respiración casi se detiene, pero cuando tomó una servilleta para sonarse la nariz por la enchilada estaba al borde de un ataque... ¿coincidencia?, ¡imposible!, ¡TODO PASA POR ALGÚN MOTIVO!, no podía esperar más, me puse en pie, y luego ocurrió lo que siempre pasa con mis héroes rusos. Un tipo fornido y con cara de actor de telenovelas se sentó frente a ella ocultándola parcialmente de mi vista; me senté, pero mi voluntad de “*voager*” era ya incontenible, si él se movía de la silla yo cambiaba mi posición sólo para verla, y comprendí que si no me levantaba en ese momento perdería la oportunidad de averiguar su nombre, pero no podía dejar de mirarla, era tan, pero tan hermosa... y entonces ocurrió lo que ocurre en algunas traducciones al español de las traducciones francesas de la literatura rusa... Ella se levantó y comenzó a alejarse, no logré moverme del asiento, sólo podía seguirla con la mirada, y sólo me quedé con el desgarrador consuelo de inventarle un nombre.





DESPERTAR

de María Elena Sarmiento

Sueño que una malvada bruja me maldice. Mueve la boca al decir sus encantamientos en silencio y mira hacia un punto vacío, cerca de mí. Me pregunto si me ha convertido en sapo, monstruo o insecto, aunque me surge la duda de que su magia negra me haya penetrado. Su mirada oblicua me hace sentir transparente. Tal vez no le atinó.

Mis hijos regresan de la escuela. Carlitos entra a la cocina. Dice algo que podría ser un: Hola, ¿qué tal? aunque no estoy segura de que eso haya dicho. Pudo haber sido algo como: Bola, costal o toma dental o alguna otra cosa. Hablé en un tono apenas audible y además, no creo que se estuviera refiriendo a mí; nunca levantó la vista porque sus dedos oprímían a la velocidad del rayo el teclado digital de su teléfono celular.

Se me acerca y le da un beso al espacio que me rodea, junto a mi mejilla. Supongo que la maldición de la bruja me hizo inmaterial o invisible, aunque tal vez vaya operando poco a poco. Después de todo, no creo que Carlitos vaya dando besos al aire en todo momento. Debe de haberme visto.

—Ya está la comida, mi hijito —le digo de la manera más cariñosa que me permite el miedo que se está apoderando de mí. No sé si sólo soy un poco transparente o es que también me he convertido en silenciosa.

—Ahorita bajo —enuncia Carlitos con toda claridad mientras deja caer su mochila en el piso, apachurrándome la punta del dedo gordo del pie y sube la escalera, sonriéndole a la pantalla, aunque ahora que lo pienso, tal vez no era a la pantalla a quien le hacía ese gesto. Tal vez se estaba riendo solo, de algún mensaje gracioso que alguien le mandó.

Todavía no me queda claro si soy invisible y silenciosa. Lucy entra corriendo. Se asoma a ver el contenido de la olla que está en la estufa, hace una mueca. Mientras sube al piso donde está su recámara grita:

—Tengo que ir al baño. No tardo.

Sí me vio. No me queda duda. No me saludó porque tenía prisa por llegar. En eso me surge la pregunta. ¿Será que la bruja maldijo a lo que viene detrás de mí? ¿Serán ellos los que, a través del daño colateral se han convertido en seres insensibles que no quieren mirarme ni escucharme?

Mi marido entra de mal humor. Lo sé porque trae la cuenta de la tarjeta de crédito en la mano y esa mirada de: mejor ni me hables porque corres peligro. Abre el cajón donde guardamos el control remoto de la televisión y la enciende. Con el índice, me hace una seña. Entiendo que eso significa que le sirva agua de jamaica.

No lo obedezco. Tomo mi bolsa. Mientras camino hacia la puerta, saco las llaves para salir. Voy a esperar afuera a despertar. Qué bueno que esto es sólo un sueño.





David Guerrero

CARA DE NIÑO

de Cecilia Durán Mena

Papá le trajo un balón de fútbol de los tradicionales. De esos que tienen veinte hexágonos y doce pentágonos, unos blancos y otros negros, que van cosidos, bueno vulcanizados, para quedar uno junto al otro y formar una esfera de setenta centímetros de circunferencia. Emiliano lo mira, sonríe con mucho trabajo. Papá se lo acerca y mi hermano da las gracias, casi en un susurro. Con esfuerzo eleva los brazos para recibir el regalo y mi padre lo ayuda a sostenerlo para que no se le vaya a caer.

Es para que juegues allá afuera, para que salgas a que te de sol, a saltar un rato en el jardín, para que se te tonifiquen los músculos y te pongas fuerte. Emiliano asiente agitando la cabeza. El pelo lacio y tan negro se mueve y vuelve a su lugar. Las ojeras le opacan la mirada azul agua y la piel se le puso tan delgada y tan blanca como una hoja de papel del cuaderno de dibujo. Ya verás que pronto te vas a poner bien. Emiliano no alcanza a escuchar, ya le empezaron a zumbar los oídos. Lo sé porque se le nubla la mirada y dobla el cuello como si quisiera llevar las orejas a los hombros. Vuelve a hundir la cabeza en la almohada, pero no suelta el balón.

Mamá llora bajito. Nunca deja que mi hermano la vea así. Recarga la frente en el quicio de la puerta y deja que las lágrimas le rueden por las mejillas. Está del lado de los doctores que le aconsejan reposo a mi hermano. No quiere que salga al jardín ni que vuelva a meter arañas en frascos. Los médicos han ordenado muchas pruebas. Quieren picar los brazos de Emiliano tantas veces que me imagino que ya se parecerán a los coladores de las teteras que usa mi abuela para hacer las infusiones.

Los médicos lo miran con aparatos, le oyen el corazón, los pulmones y le hacen que abra la boca bien grande y que saque la lengua. Todos ven las dificultades, pero yo creo que nadie sabe lo que tiene mi hermano. Ni el padre Marciano que vino a visitarlo salió de ese cuarto con cara de convencimiento. Ese cuarto huele a alcohol y a incienso. Me imagino que todos los que entran, van y pican a mi hermano con tenedores invisibles, para buscar el prieto en el arroz que le está haciendo daño.

Pero, no lo encuentran.

A mí, ya no me dejan entrar a su cuarto. La última vez me metí a escondidas. Lo tomé de las manos. Las tiene como hechas de agua fría. Me volvió a enseñar el piquete que tiene en la entepierna. Le dije que no vaya a romper nuestra promesa, si se lo enseña a mamá nos va a matar. Se va a enterar que cogimos una araña cabezona de color rojo, de esas que nos advirtió que no fuéramos a agarrar si no queríamos que nos hiciera pomada a base de palos.

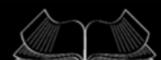
A veces, me dan ganas de decirle a Emiliano que ya hay que romper la promesa y que les enseñe a mis papás esas ronchas que ha escondido tan bien. Pero, me arrepiento. Lo hubiéramos hecho antes, ahora está tan flaquito que, si mi mamá nos da con el palo, seguramente se va a quebrar en mil pedazos. Mejor, nos quedamos calladitos.



¡ANÚNCIATE POR ESCRITO!

ESTE
PUEDE SER
TU ESPACIO

Contáctanos:
contacto@porescrito.org



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO



Divinas glorias de muertes terrenales
David Limones



Finitud
David Limones



Ni una menos
Sofia Weidner



ROMPEME EL
CORAZÓN,
PERO NUNCA
LOS DEDOS DE
LA MANO.

Rómpeme el corazón pero nunca los dedos de la mano
Sofia Weidner

UNA HISTORIA MUY MEXICANA

de María Elena Sarmiento

Boleto a Tokio

Cecilia Durán Mena

Editorial Tandaia, 2017

Santiago de Compostela, España

Boleto a Tokio, ganadora del certamen Premio de novela juvenil CEPA 2017, conquistó al jurado español a pesar de ser todo lo mexicano que se puede ser. La autora nos pasea por el territorio mexicano, con sus distintos paisajes, costumbres, sabores locales, leyendas, simbolismos, tradiciones y oralidad. Al mismo tiempo que nos narra las aventuras de los personajes, nos muestra un México en el que nos reconocemos y algunos pueblos que se antojan visitar; nos lleva por eventos nacionales que nos cimbraron como el terrible terremoto del 85. Ahí inicia la aventura de la protagonista, quien, a sus 6 años, lo pierde todo, desde su casa y modo de vida, hasta su propia familia, aunque no nos enteramos de esto sino hasta ya entrada la lectura.

Maribón (o María Ivonne, como la bautizaron sus padres biológicos) se nos presenta por primera vez ya de adulta en Xochimilco, como una ladrona que lleva en sus manos al Niño Pa, figura emblemática de nuestra cultura, pequeño Niño Dios de madera, objeto de culto de millones de personas que lo veneran. ¿Puede alguien sustraer un objeto tan sagrado? Cecilia Durán Mena nos narra no sólo el hurto, sino la relación especial que se establece entre el amadísimo Niño Pa y quien se encuentra en su presencia y nos lleva a resultados inesperados, a pensar en cuál sería la consecuencia para el ladrón (además de para la comunidad) de un logro de esta naturaleza. La forma en la que la figura santa cambia a nuestra protagonista hace que la novela tenga un toque de un delicioso realismo mágico.

La doctora Durán Mena maneja el tiempo para provocar expectativa. Las dos historias principales se intercalan y te hacen querer seguir leyendo. Te atrapa desde el primer renglón.

La trama de la novela te va envolviendo, quieres saber si los hurtos van a ser exitosos, si los detectives que están los están investigando por parte del seguro van a atrapar a los ladrones, quién será la misteriosa figura que se ha ido haciendo con las piezas más simbólicas que uno pueda imaginarse, si la familia en la que la protagonista nació le puede ofrecer un mejor ambiente para desarrollarse que la sociedad oscura en donde ha crecido.

Boleto a Tokio aborda varios temas, desde la búsqueda de identidad, la violencia doméstica, los prejuicios, los milagros y, al final, te quedas con la pregunta que da origen al título: ¿existe para Maribón la posibilidad de redención? ¿Puede una ladrona volver a empezar en un lugar que le de la oportunidad de estudiar y de llevar una vida alejada del crimen? ¿Puede suceder esto en Japón, que es un lugar en donde también tiembla?



David Guerrero



Concurso de cuento de

TERROR

en el marco de las jornadas académicas
y de la Cátedra "Bram Stoker"



UNIVERSIDAD DEL
CLAUSTRO DE SOR JUANA


PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO



Ambasáid na hÉireann | Meicsiceo
Embassy of Ireland | Mexico
Embajada de Irlanda | México

VISITA GUIADA

PRIMER LUGAR

Emanuel Bravo Gutiérrez



Conoces la historia del Batallón de San Patricio?— preguntó Ricardo a la única persona que había asistido al recorrido, un pelirrojo de veintitrés años llamado William. Era alto y llevaba un abrigo azul pizarra que lo hacía ver alargado, una bufanda desgastada le cubría el cuello. Pese al aspecto desgarbado, Ricardo lo encontraba bastante atractivo, tenía un porte de cadete anacrónico, un rebelde de mirada sombría.

—La conozco, pero me gustaría que tú me la contaras— pronunció William remarcando las sílabas con un ritmo atropellado.

Leyendas e historias de terror en San Ángel, así se llamaba el recorrido que ofrecía el hotel. Ricardo lo daba en español y en inglés. En una ocasión lo hizo de forma simultánea con poco éxito, aburrió a los turistas y tuvo que acortarlo; ni siquiera pudo llegar a su parte favorita: la historia del Batallón de San Patricio. Al día siguiente recibió una amonestación por parte del hotel. Le advirtieron que si tenían otra queja suspenderían el servicio.

Ricardo llevaba tres años trabajando como guía, en ellos había conocido toda clase de turistas, los había indiferentes, los entusiastas de la Historia, aquellos que sólo querían pasar el rato y tomarse una *selfie*; sin embargo, existía un tipo especial de asistentes que durante el recorrido establecían una silenciosa complicidad a la que él respondía con moderada condescendencia. Eran los solitarios. Siempre esperaban a que el recorrido terminara para dar el primer paso. Generalmente, le invitaban un café o una cerveza. Bastaba un par de minutos para identificar las señales que terminaban delatando sus intenciones: un temblor en la voz, la mirada fija y penetrante, sonrisas involuntarias. Al final, llegaba la confirmación: *me estoy hospedando solo o sola en el hotel, si quieres puedes acompañarme*. Ricardo era lo bastante joven y atractivo como para entender este tipo de actitudes y lo bastante

pragmático y necesitado de dinero como para ver ahí una oportunidad de obtener ingresos mucho más reeditables que su labor como guía. Ante todo, le gustaba ser claro al establecer los parámetros a seguir, desde el precio hasta lo que él estaba dispuesto a hacer en la habitación. Rumbo al hotel los turistas mantenían una posición de obediencia y de docilidad burocrática, casi nunca hablaban, sin embargo, en cuanto cerraban la puerta y el seguro crujía como un hueso roto, la situación cambiaba completamente.

—En 1846 los estadounidenses invadieron México—Ricardo comenzó a relatar—varios soldados del ejército invasor tenían origen irlandés o eran hijos de inmigrantes irlandeses. Esto es muy importante, porque Irlanda, al igual que México, es un país en su mayoría católico y en esa época la religión podía dividir la lealtad de un ejército. Los historiadores creen que ese fue el motivo por el cual John Riley comandó la insurrección contra el ejército norteamericano. Ellos se unieron a las tropas mexicanas con el nombre de Batallón de San Patricio.

Ricardo encendió su Tablet y buscó en la galería de imágenes un dibujo del estandarte del batallón: un arpa alada sobre un fondo verde esmeralda, debajo las palabras Erin Go Bragh.

—Erin Go Bragh— leyó William con la voz cargada de nostalgia.

La luz dorada de las farolas aumentaba el color encendido del cabello de William. Su mirada traslúcida estaba ausente de cualquier expresión. Alzó la cara y acomodó el nudo de la bufanda. Ricardo habría querido acariciar aquella piel pálida salpicada por algunas pecas.

— La frase está en gaélico, significa: Irlanda por siempre.

—Lo sé— respondió William dirigiendo la vista hacia el busto metálico de John Riley.

La historia del ejército irlandés era la que más entusiasmaba a Ricardo, por ello, siempre buscaba contagiar esa emoción a los turistas. Las otras leyendas del recorrido carecían de la misma intensidad. Había algo falso que impregnaba cualquier discurso que buscara recrear la sensación de misterio. La mujer de la Casa Blanca que terminó

convirtiéndose en un espectro después de esperar demasiado tiempo a su prometido, la dueña del Zacatito que vio al pie de su balcón al Charro Negro; inclusive las momias de los monjes en el Convento del Carmen. Huesos anidando en tela rancia, mandíbulas abiertas en gritos fosilizados. No había maldad o tragedia, no existía esa ambigua perversidad que se necesita para la creación de pesadillas.

¿Crees en fantasmas?, le preguntó Herta la última noche en la que estuvieron juntos, ella era una turista alemana de cuarenta años que pasaba sus vacaciones en México. Ricardo negó con la cabeza, no tenía ganas de hablar, sentía una fatiga terrible. Después de colocarse los jeans buscó una botella de agua mineral y la bebió lentamente, volvió al lado de Herta y dejó que ella le acariciara el abdomen. Una pátina de sudor cubría su piel, su respiración era lenta y profunda, en cualquier momento caería dormido.

— ¿Tú si crees?— preguntó sin mucho interés.

Herta respondió que sí. Sus uñas largas se deslizaban por la piel ocasionando un cosquilleo impreciso. Su cabello rubio ya había adquirido un tono pajizo en las raíces.

—Yo puedo verlos.

—¿Y cómo son los fantasmas?— pronunció Ricardo de forma condescendiente.

—Más reales que tú y yo.

Herta le contó que era fanática de la asfixia erótica. En Berlín había clubs en donde había chicos que la ataban con cuerdas. La sensación era deliciosa, incluso más intensa que el sexo. Cuando ella era joven se ató una vez al tubo de la regadera. Primero dejó que el agua caliente fluyera durante varios minutos en el suelo, el vapor llenó la habitación transformándola en una sauna improvisada. Luego se desnudó y colocó una cuerda alrededor de su cuello. Así entró a la regadera. El agua se deslizaba a través de los senos y sus costados en un ritmo lento. La cuerda se hinchaba volviéndose un reptil acogedor. La respiración se relajaba hasta volverse un hálito ocasional, una plegaria de moribundo.

—Até la cuerda al tubo de la regadera, me arrodillé y me dejé caer hacia delante. Sólo un poco.

El plan de Herta era permanecer en esa posición apenas unos segundos, no obstante, el piso estaba mojado y eso hizo difícil el ponerse en pie. Estuvo inconsciente unos minutos. Su compañera de departamento llegó a tiempo para rescatarla y llevarla al hospital. Durante unos momentos estuvo muerta.

—Cuando desperté me di cuenta de que podía ver a los muertos, aunque me tomó bastante tiempo en darme cuenta. ¿Sabes?, no todos son malos. En ocasiones pienso que me voy pareciendo cada vez más a ellos. Tan solitarios.

La historia había despejado el cansancio de Ricardo, no es que le creyera, sino que le excitaba el hecho de la asfixia; ya había leído de ella cuando comenzó a trabajar de guía. Sabía que los condenados a la ahorca solían tener orgasmos violentos. Agonía y placer se conformaban como un ente indiferenciable.

—Quiero intentarlo— le dijo a la mujer.

Ricardo y William recorrieron la plaza de San Jacinto y cruzaron la acera. Un edificio alto de sillares grises exhibía en una de sus paredes una gigantesca loza adornada con el escudo nacional mexicano. Debajo del escudo se encontraban escritos varios nombres.

—Al final, el ejército norteamericano terminó capturando a los traidores. El oficial William Harney les preparó el castigo.

William se sintió incómodo al escuchar que el verdugo llevaba su mismo nombre, Ricardo no pudo evitar ver en su oyente una mueca de desagrado. Pese a ello continuó su relato.

—El día 13 septiembre de 1847 sacaron a los prisioneros de sus celdas y los montaron sobre mulas. Los llevaron a una colina, desde ahí podía verse el asedio al Castillo de Chapultepec. Antes de morir tenían que contemplar la derrota del ejército mexicano. A mediodía les colocaron las sogas en el cuello. Fue una espera lenta, lentísima. Imagínate, habían estado encerrados en celdas diminutas, sin dormir bien, tenían sed, hambre y para colmo el sol les daba de frente porque

aquel fue un día soleado. Los testigos de la época dicen que aquel fue un espectáculo muy siniestro. Las mulas se movían constantemente y eso obligó que los castigados mantuvieran posturas extrañas para continuar respirando; si por el contrario, buscaban ahorcarse, los soldados americanos lo impedían. En el lugar se escuchaba un lamento uniforme. Lloraban, maldecían, rezaban.

Ricardo hizo una pausa en la narración, William no se veía muy cómodo escuchando la historia.

— ¿Estás bien?— preguntó.

—No, no lo estoy.

—Si quieres puedo llamar al hotel para que te recojan.

—No me estoy quedando en el hotel.

La afirmación inquietó a Ricardo.

— Te he visto dar el recorrido y fingí que me hospedaba ahí para poder...— la voz le temblaba y sus palabras se volvían casi ininteligibles.

—Tranquilo, está bien, no hay ningún problema— dijo Ricardo bajando la guardia.

Había algo pueril en la excusa de William, la misma que tenían los turistas cuando hablaban de sus propios deseos. No obstante, esta vez era distinto. Ricardo le dijo que vivía cerca de San Ángel, si William lo deseaba podía llevarlo.

Caminaron alrededor de unos diez minutos por calles empedradas y cubiertas de lluvia. Ricardo tomó la mano de William y la notó extrañamente helada.

Subieron tres pisos y caminaron por un estrecho pasillo apenas iluminado por un foco que parpadeaba de forma irregular.

—No enciendas la luz— ordenó William en cuanto entraron a la recámara.

Ricardo hizo caso, se colocó detrás de William y le quitó el pesado abrigo. Todo él parecía estar hecho de piedra, no existía la mínima suavidad en su carne. Usaba una camisa de lienzo al que se le habían caído los botones. Pasó la mano por aquel pecho endurecido y no alcanzó a notar latido alguno. Alzó las manos hacia el cuello de William y le quitó la bufanda. Un olor a carne descompuesta emanó de ahí.

Inmediatamente Ricardo se apartó del chico y encendió la luz. Frente a él un cuerpo pálido y cetrino le devolvió una mirada desesperada, un surco negro cubría aquel cuello, la cabeza apenas se sostenía de él.

—Erin Go Bragh— pronunció William lleno de impotencia.



EL INFIEL

PRIMER LUGAR

Ulises Manzano González

No se ve nada más adelante.

La luz nocturna que se cuele entre el ramaje apenas alcanza a iluminar los contornos bulbosos de los árboles antes de ahogarse en la oscuridad. El suelo rebosa de un lodo negro plagado de huevas de parásito y de otras inmundicias que se escurren por los huecos de la tierra; el sendero se tuerce cada tres pasos, buscando refugio del campo abierto en la espesura.

Un hombre camina, cabizbajo. Los rasgos ensangrentados del rostro no se aprecian en las sombras, y esconde las quemaduras de la piel debajo de la tela deshilachada del hábito. Camina sobre suelas de costras y callos, dando zancadas torpes entre el fango. Lleva el brazo derecho pegado al cuerpo, y con la mano siniestra jala de las riendas del animal de carga, azuzándolo para que no se quede atrás con el carro.

Escucha los gemidos del equino, quejándose de hambre o miedo, pero no se voltea a calmarlo. Tampoco hace nada por alejar a las nubes de moscos que revuelan a su alrededor y se amontonan para beber la sangre que corre de los tajos abiertos de su rostro. Tuerce el gesto cuando los pinchazos le rompen la piel, se estremece con el llanto de su animal, pero no aparta la mirada del frente ni mueve las manos para resistirse al dolor.

Más atrás están ellos. Van ocultos en el follaje, entre las ramas, a ras de suelo. Sus formas están ocultas, sólo se ven sus ojos enormes, dos fosas de luz blanca que no se propaga por la oscuridad. Siempre tres pasos detrás, con las miradas fijas en su nuca y los gruñidos rasgando sus gargantas, atentos a todo lo que hiciera. También están los otros, montados en el carro. Los hermanos, la servidumbre, el abad. Ellos también lo miraban, pero él no se atrevía a voltear a verlos.

¿No bien le habían advertido que no mirara los textos idólatras?
¿Que no le habían dicho que no había nada que aprender de los bárbaros, ni belleza alguna en esos dibujos diabólicos o en esa

escritura aberrante hecha de glifos y partes humanas? Era palabra impura que debió haber ardido con el resto de los herejes, una lectura inadecuada para alguien encargado de transcribir e iluminar los textos sacros. Olvídase de ello, le dijeron, pero no pudo. Sólo los había visto una vez, cuando trataron de asustarlo con el paganismo rampante y le hablaron del acto de fe, y eso bastó para dejarlo fascinado. Aun sumergido en el trabajo, su mente pensaba en los extraños dibujos, en los colores vivos y en los mensajes escritos en una lengua indescifrable. Sus preguntas tuvieron reprimenda por respuesta. Los siervos poco pudieron decirle cuando se les acercó. Quiso olvidarse del tema, pero la curiosidad carcomía el alma.

Comenzó a esperar a las altas horas para escabullirse de nuevo a la biblioteca y sacarlos de la caja donde se enmohecían. Lo hacía con buena intención, se dijo para aplacar su consciencia mientras encendía las velas y desenrollaba los papeles. Tenía que aprender sobre sus costumbres si tenía intención alguna de mostrarles el camino, y tenía que haber registro de la idolatría que plagaba la región.

Primero miró las burdas representaciones de hombres cafés, animales deformes y dioses de enormes máscaras, ojos viciosos y narices chuecas. A partir de los dibujos comenzó a hilar historias de devoción, de héroes, bestias parlantes y hombres que se hincaban ante el maíz y sacrificaban a su progenie a cambio de lluvia y cosecha. Las historias le permitieron descifrar las palabras más simples, y las palabras abrieron paso a las oraciones más burdas. Poco a poco empezó a leer como lo habrían hecho los idólatras que escribieron esas líneas, y el sonido de su lengua tosca comenzó a formarse en sus labios y a resonar en su cabeza. Cada lectura hacía que los ecos en el cerebro sonaran con más fuerza, y llegó el punto en que asumieron una voz bífida: una para cada oreja y cada mitad de sus sesos.

Fueron tímidas al principio. Se aparecían sólo en el silencio absoluto, cuando estaba tan enfrascado en sus estudios que los susurros se perdían entre sus pensamientos y hablars internos. Sigilosas, deslizaban pequeños saberes entre los surcos de su cerebro. Le compartían los significados de palabras complejas o le revelaban los nombres de los hombres y los monstruos que tantas veces había visto en el códice. Con cada noche que pasaba alzaban un poco más la voz y le regalaban nombres, palabras, memorias e historias.

No las cuestionó ni llegó a temer por su cordura cuando dejó atrás las laboras para dedicarse sólo al códice. Estaba ocupado transcribiendo todo lo que escuchaba a la lengua cristiana, redactando catálogos de la idolatría y las costumbres de esa región y haciendo retratos de los miles de rostros que se aparecían en su mente. Dejó que hablaran, que hincharan su cabeza con relatos, imágenes y recuerdos que no le pertenecían. Las escuchaba en la biblioteca, en los pasillos solitarios e incluso en los mismos sueños.

Llegó el día en que no susurraron, sino usurparon la voz con la que antes habló la razón. Le contaron relatos que no estaban escritos en el códice y proyectaron en su imaginación las semblanzas de las grandes figuras de esa tierra, ya fuera el triunfo de los hermanos concebidos sin mácula sobre los señores de la muerte, el ascenso de los reyes al cielo o la creación del hombre a partir de barro, madera y maíz. Empezaron a hablar tan alto, con tal emoción que sus propios pensamientos ya no se escuchaban, pero él no se asustó. Les pidió más. Quiero saberlo todo, les dijo. Por favor, sigan hablando.

Y ellas contestaron que sí. Había mucho más que decir, pero sólo hablarían a cambio de un favor.

Él aceptó.

A la mañana siguiente, lo único que podía escuchar era el clamor de las voces, hablando cosas distintas al unísono. Una recontaba la épica de la serpiente emplumada, la otra hacía alabanza a los dioses de la fertilidad por ser generosos y darles una tierra benigna. Los sonidos de su entorno físico se alejaban. Sentía el impacto de los pasos retumbar por su esqueleto, pero no llegaba a oír el sonido de las suelas sobre la piedra. Sentía la caricia del viento, pero las ramas y los pastos estaban mudos. El aire temblaba con el sonar de las campanas, las bocas de los hermanos se movían con humildad a la hora del rezo, pero sólo escuchaba la algarabía dentro de su cabeza. Para cuando la noche, el parloteo incesante le espantaba el sueño, y los pensamientos intrusivos que tanto habían decorado sus fantasías comenzaron a enterrar sus propias ideas.

No durmió durante la primera noche. No dormirá ni en la segunda ni en la tercera. Quedó sordo a los pocos días. La lengua había olvidado cómo hablar en cristiano, los ojos comenzaban a desconocer los garabatos que él mismo había escrito en las liturgias o los testamentos.

Más de una vez escribió Chaac o Gucumatz en dónde debía ir el nombre del salvador, o llegó a profanar los libros con ilustraciones de mascarones y adoradores del maíz. En una o dos ocasiones pronunció odas a los dioses monstruosos del inframundo durante la santa misa y la confesión. Comenzó a sentir una aversión irracional a los hermanos, a la cruz y a las palabras que tanta paz le trajeron. Una noche, casi rechazó al mismo Dios.

Eso le devolvió el miedo. Les dijo que ya basta, que se daba por satisfecho con lo que le habían contado. Díganme qué es lo que quieren y estemos en paz. Guardaron silencio. Él esperó, pero poco aguantó el cuerpo antes de dejarse caer y entregarse a un sueño en medio del silencio. Cerró los ojos, se acurrucó y descansó por última vez.

Le contestaron en la madrugada.

Despertó abrumado por el dolor. Ardía. Sentía las llamas a su alrededor, arrancándole la piel y formando úlceras en las partes blandas del cuerpo. En su cerebro, desfilaban imágenes horribles del fuego, de hombres retorciéndose en la pira junto a miles de códices e ídolos en honor a los dioses del sur mientras hombres como él, de hábito humilde y cruces al cuello, aporreaban la lengua para escupir odio en una lengua extranjera. Quiso moverse, pero el cuerpo lo traicionó. Los brazos y las piernas no le obedecían. Se sofocaba, no podía mover el pecho ni aferrarse al aire. El cuello estaba tieso; los párpados, retraídos, y los ojos, atascados en sus cuencas.

Fue entonces que los vio por primera vez. Miradas blancas entre la oscuridad, y formas difusas de lo que seguramente eran bestias horripilantes. Lo miraban desde arriba, desde los rincones, sin parpadear. Los infieles hicieron esto, susurraron mientras el fuego cocinaba su cabeza y las imágenes del acto de fe con el cual se salvó al Yucatán de la idolatría parpadean en el trasfondo de su mente. Los que te precedieron quemaron a nuestra gente, nuestros saberes, y edificaron sus iglesias con las piedras de nuestros templos. Desataron el fuego en nuestras ciudades y masacraron a los nuestros a golpe de hierro. Y helos aquí, durmiendo a pierna suelta, envenenando nuestra tierra con su verborrea. El crimen no perturba sus conciencias, y vuestro Dios no los ha castigado por su crueldad, aunque él mismo ha dicho que no debe haber paz para los infieles.

No debe haber paz. Debe haber hierro. Debe haber fuego. Y eso has de hacer a cambio de los favores prestados.

El grito se atoró en su garganta. Los párpados cayeron encima de sus ojos y las imágenes de lo que tendría que hacer se clavaron en el fondo de su mente. Les rogó que cambien de parecer, pero ellos hicieron que el fuego ardiera más fuerte. Los órganos reventaron del calor, la sangre hirvió en los tubos de su cuerpo y los tejidos blandos se calcinaron hasta quedar reducidos a masas negras y palpitantes. Sentía las úlceras abultarse en su vientre y el pus escurrir por los huecos de su cuerpo. Ellas lo miraban, y en algún lugar, los dioses monstruosos lo miraban también.

No hay paz para los infieles, le dicen. No hay paz para los infieles, dicen los dioses monstruosos. No hay paz, clamaron durante los tres días que permaneció postrado, poseído por las fiebres y la parálisis.

Se levantó a la noche del cuarto día. La noche de hoy.

El camino llega a su fin.

La selva se detiene en abrupto. Al frente, la tierra se hunde en una cavidad profunda bordeada de colmillos de piedra, algunos gruesos, otros quebrados. En el interior resuena el desemboque del lodazal, y de adentro sopla una corriente fétida y húmeda. El animal gime. Trata de jalonearse para sacarse las riendas y lanza de coces cuando ve que se aproxima a la entrada. La misma espesura se aparta del hueco: los árboles tuercen los troncos en ángulos dolorosos y las ramas se alzan hacia el cielo, entrelazándose y formando nudos palpitantes. La maleza deja de crecer; los moscos se dispersan hasta perderse en el monte. Él mismo aprieta los pies contra el barro y desorbita los ojos para no mirar la negrura de enfrente. Llega a inclinar el cuerpo hacia un lado, como si para huir, pero se endereza cuando escucha los gruñidos por detrás. Aprieta el paso, con el llanto deformándole el rostro.

El suelo se inclina en un descenso pronunciado al interior de esa región sin cerros ni montañas. A lo profundo, los rayos de luz que se escabullen desde la entrada se cortan en abrupto al chocar con el negro del fondo. Todas las formas se difuminan. El caudal de lodo corre más rápido cuando la humedad se condensa y escurre por los colmillos de piedra. La pendiente llega al extremo de obligarlo a caminar sobre los empeines, y a los pocos pasos cae, aplanada bajo su propio peso. Ha llegado al fondo.

El lodo desemboca en una fosa séptica a rebosar de vapores calientes que arrastran los aromas estancados de la tierra. El aire es pesado y se pega a la piel. Con la mano siente que las paredes de piedra

están cubiertas de una capa de ponzoña palpitante, y desde la pared más lejana siente la mirada de miles de cuencas vacías. Vadea, con el fango hasta los muslos, hasta encontrar un pequeño rincón de piedra seca. Ahí aguarda, fingiendo demencia hasta que las bestias gruñen para recordarle lo que hay que hacer. Da media vuelta, esquiva las miradas ígneas de sus captores y encara a los que hicieron el trayecto con él.

Primero ayuda a bajar al abad, quien fuera un hombre de tanta fe que encomendó su protección a los cielos, para lo mucho que le sirvió. Después van los hermanos, que despertaron cuando ya nada se pudo hacer. Al final va la servidumbre, los nacidos en esa tierra que dieron la espalda a la tradición y se llevaron el rosario a la muñeca. Fueron todos hombres fornidos, pero no es difícil moverlos ahora que no queda ni gota de sangre en sus cuerpos. Los apila uno a uno en la piedra y los cubre con la leña verde y hojarasca que recogió en el trayecto.

Ahí estaban todos. Ahora sólo faltan sus mortajas.

Para eso eran los libros.

Todos los tomos invaluable que salvó del fuego, algunos transcritos e iluminados por él mismo a partir de los incunables que se trajeron del viejo mundo. Textos sagrados, recuentos de la historia reciente y tratados antiguos y modernos sobre cuestiones divinas. Las palabras que hubieran evangelizado el nuevo mundo. Coloca los libros sobre los cuerpos, asegurándose de abrir cada título en una página donde se apreciara alguna escena sacra o de cubrir los rostros de los apilados con los gestos serenos del salvador o la madre.

Se queda quieto. Contempla su obra y pide perdón a media voz. Perdónenme, dice a los muertos de allá adelante. Perdónenme, ruega cuando desliza la mano dentro del bolsillo del hábito y cierra el puño alrededor del pedernal. Perdónenme, susurra, y alza el brazo para azotar la piedra contra el fuego una, dos veces. Las chispas saltan, encienden la lumbre y se propagan por leña y pellejo.

El humo asciende. Se escurre dentro de sus fosas nasales y acaricia el tejido blando de la garganta con el dulce aroma de la carne quemada. El fuego se abre paso por carne y huesos, empieza a lamer los lomos y las puntas de las páginas. El papel se retuerce, los rostros se tiznan, la palabra se borra y el aire se mezcla con el olor acre de la tinta. Las llamas van envolviendo los libros, tan lento que él puede leer los

párrafos y mirar las imágenes una última vez. Alza las manos para cubrirse el rostro, pero lo amenazan con arrancarle los ojos a arañazos.

La luz se propaga por la fosa y arranca la oscuridad donde se escondían las formas de piedra y las dimensiones inmensas del lugar. Sobre las paredes crepitan órganos tubulares de humedad negra que se extienden desde lo alto hasta el suelo para alimentarse del fango estancado. El aire oscila alrededor del fuego, los vapores del fango se elevan hasta la cúspide del recinto, y a los lados se proyectan las sombras de los centinelas.

Pero él tiene los ojos fijos en el frente.

Habrà sido alguna suerte de ídolo antiguo, predecesor del paganismo de la región. El tiempo y la humedad habían reducido su gesto a piedra lisa, y el moho negro que se propaga sobre su cuerpo apenas deja ver los rasgos más burdos de su expresión endurecida, en los cuales se nota la clara ascendencia de los dioses macabros con los que tanto había soñado. A sus pies están apiladas las miradas vacías de sus ofrendas.

Lo contempla; el Dios lo contempla a él. El moho que se acumula en donde estuvieron sus labios pétreos palpita, y las voces susurran en el interior de su cabeza, pero también resuenan en toda la estancia.

Acércate.

Un espasmo le azota el espinazo. Las tripas sueltan lo poco que traen dentro y las piernas se ponen tías, casi lo dejan caer. El miedo y la bilis le suben por la garganta e inundan la boca de sabor amargo. Sacude la cabeza. Ya hice lo que pidieron, lloriquea. Ya es demasiado. Déjenme en paz.

No le hacen caso. Acércate, dicen, y deja en claro tu buena voluntad.

Las bestias rugen detrás de él, lo empujan a hocicazos y pasean las garras sobre la tela del hábito y la carne viva de la espalda. Él se atreve a sostenerle la mirada al Dios, observa con atención las convulsiones de su piel negra, el vacío ominoso de sus ojos y los cráneos de las docenas que se habían postrado ante él. Quizá fuera lo mejor, piensa. Quizá postrándose todo llegara ya a su fin. Muerta la carne, el sufrimiento termina.

Da el primer paso. El segundo. Mantiene la mano aferrada a la cruz del cuello. Por el rabillo del ojo ve un rostro desfigurado por el fuego, saludándolo desde la pira. Detrás, las bestias lo apremian. El fuego chisporrotea, escupe ascuas y palabras. Llega al borde de la piedra, hunde un pie en el fango. En la parte posterior de su mente vuelve a ver el incendio, y se repiten los clamores enardecidos que lo instigaron al fuego y al hierro. No hay paz para los infieles.

Aguarda. Cierra los ojos, escucha los pasos de las bestias detrás. La mano aprieta el crucifijo hasta arrancarlo de la tira de cuero y la otra se clava a su muslo hasta hacerse sangrar. Espera a que el eco de las voces se desvanezca en el silencio. Se endereza y aparta la mirada.

—No hay paz— susurra.

Y corre a la pira.

El miedo quiere detenerlo, le entorpecen el paso. Las bestias se lanzan hacia él, y las voces pegan tal chillido que revientan los tímpanos y empieza a correr sangre por los canales de las orejas. Le apuñalan la mente con los recuerdos de sus muertos, tanto los que murieron con el cuchillo al cuello como los que ardieron con el convento. Las zarpas rozan su piel, tratan de jalar de sus hombros, pero ya es tarde.

El papel quemado cruje cuando cae entre las llamas, y las costras negras en los cuerpos se abren. Siente el escozor mientras la piel se le cae y las ampollas se van abultando sobre el músculo. Las lenguas de las llamas se abren paso entre sus párpados, hacen hervir el líquido de sus ojos. Escarba entre papel y tinta quemada hasta sentir un rostro que ya no conocía. Lo sujeta, y los dedos se hunden en el músculo rostizado hasta topar con hueso. Perdóname, le dice. Presiona su frente contra la suya y llora. Perdóname, y que me perdone Dios por lo que he hecho.

Las llamas bailan a su alrededor, avivadas por la carne y la ropa. La cruz en su mano se reduce a cenizas y toda su vida se reduce a una pila de ascuas negras que revientan en pequeñas explosiones flamígeras. Inhala fuego con cada bocanada, siente cómo la humedad de su cuerpo es arrancada de tajo y cómo la piel y las entrañas se van marchitando. Las arterias se deshacen; el vapor de sangre se escapa por las cavidades del cuerpo y las grietas sobre los músculos.

Alrededor del fuego rondan las bestias. Sus formas son claras por primera vez, pero las quemaduras en los ojos apenas le dejan ver sus siluetas aberrantes y su mirada blanca. Ya no gruñen. Ya no se escuchan sus garras sobre la piedra. El Dios Monstruoso es una forma borrosa, apenas distinguible entre la luz trémula, y el mismo alrededor empieza a perder sus contornos.

Y ellas ya no están. Los clamores continúan, entremezclados con los gritos de dolor, pero no son ellas las que hablan. No hay nadie ahí con él, si es que alguna vez lo hubo. Ni siquiera sabe si Dios está para escuchar sus ruegos.

No hay paz para los infieles, dice una última vez. Y arde.



Eduardo Amezcuá





David Guerrero

OJOS DE BÚHO

SEGUNDO LUGAR

Daniel Anaya López

Hoy encontré otro cabello en mi sandwich. Era un cabello negro, chino y muy largo. Mi mamá tiene el cabello lacio y cortito. Mi hermana es rubia. No entiendo cómo llegan esos cabellos hasta ahí. Me dio asco seguir comiendo. Tuve que tirar mi almuerzo. Ya van varias veces que pasa lo mismo. La primera vez que sucedió, me tragué la mitad del cabello y tuve que sacarlo despacio para que no se rompiera dentro de mi boca. Casi me vomito.

No había escrito aquí desde la muerte de la abuela, hace tres semanas. Me sentía muy raro, entre enojado y preocupado. Yo no quería a la abuela, era una mujer sucia, arrogante, despreciable. Entrar en su habitación sin taparse la nariz era un logro. Tenía un montón de porquerías por todos lados: ungüentos, veladoras, medicamentos, vasos con bebidas que no había sacado en meses, pañuelos sucios sobre los muebles y sus malditos gatos que saltaban desde cualquier rincón. Yo simplemente no podía imaginar a un ser humano, por horrible que fuera, dormir entre tanta inmundicia. Cuando veníamos de visita, tenía que soportar sus abrazos y sus besos toscos. El contacto con su piel sudorosa y su olor a pomadas todavía está adherido a mi memoria.

Como mis papás no tenían dinero y eran los únicos herederos, nos mudamos enseguida. Todo el departamento apestaba a medicinas, orines de gato y pomada de alcanfor. Lo primero que hicieron mis padres

fue llevar a los ocho gatos a un albergue. Luego tiraron absolutamente todo en bolsas enormes de plástico. Sólo se quedaron las cajas con fotos familiares y los archivos con documentos oficiales. De todos los rincones salieron cucarachas, arañas y polillas. También encontramos uno que otro ratón. Mi mamá lloró mucho ese día.

Una vez que el departamento estuvo desalojado —ya no digo limpio—, dejamos que se orea un par de días con todas las ventanas abiertas, para luego comenzar la mudanza. Por el tamaño de las habitaciones, mis papás se quedaron con la más grande, la que mi abuela ocupaba como almacén. Mi hermana se quedó con la más pequeña, la que era para los santos y los altares. Yo me quedé con la habitación en donde ella dormía.

Desde que la abuela murió, mi hermanita Fabiola hace muchas preguntas al respecto. Pregunta por qué vino la abuela de Veracruz, cómo conoció al abuelo, por qué tenía tantos santos y veladoras, por qué huele así el departamento, por qué mi mamá llora tanto, por qué había poca gente en el velorio... A veces me harta. El otro día la escuché hablando sola en su habitación. Cuando entré, tarareaba una cancioncita. Puse atención y caí en la cuenta de que cantaba en otomí, la lengua madre de mi abuela. Le grité, le dije que ya estaba bien, que quién le había enseñado eso, que ya estaba harto de que estuviera tan obsesionada con una mujer a la que no había conocido. Fabiola se echó a llorar y me fue a acusar con mi madre. Después me dijo que ella también estaba harta de que Fabiola estuviera tan empecinada en saber de la abuela. Me dijo que ella no le había enseñado aquella canción en otomí. La abuela nunca quiso enseñarle la lengua a mi madre.

Anoche no pude dormir. Juro que escuché como si unos dientes rechinaran debajo de mi almohada. Me sobresalté. La noche era muy apacible. Intenté desconcertado volver a poner la cabeza en la almohada, pero ahora no podía dejar de pensar en el rostro de la abuela muerta en el ataúd, con su gesto arrogante y sus labios marchitos entreabiertos. Intenté despejar mi mente con algo de música, pero justo antes de ponerme los audífonos, escuché claramente el arrastrar de pies desnudos en el suelo de mi habitación. Me quedé paralizado. Encendí mi lámpara de lectura y la dejé prendida toda la noche, como un niño chiquito. El cansancio me venció cerca de las cuatro de la mañana.

Había podido comer mi desayuno hasta hoy, que encontré una pata de cucaracha entre el jamón y un champiñón. Me dieron ganas de llorar de impotencia, por ridículo que suene. Hubiera sido muy simple quitarla y seguir comiendo como si nada, pero el hecho de saber que alguien hacía esas cosas a propósito me hacía sentir repulsión, desconfianza. No quería pensar que Fabiola fuera capaz de estarme jugando ese tipo de bromas. Fabiola, mi hermanita. La misma que sentía interés por una mujer tan despreciable.

Estoy en el hospital, en la sala de espera. Mis padres están hablando con el médico. Todavía no doy crédito a lo que sucedió. Necesito escribirlo para saber que no estoy loco. Anoche, antes de acostarme a dormir, Henry, el perro del portero, ladraba insistente hacia nuestro edificio. Lo miré por la ventana unos minutos. Vi que uno de nuestros vecinos bajó a reclamarle enojado a don Ernesto y a pedirle que callara a su perro. Me acosté cansado, con las mismas ganas de que Henry se callara de una vez y nos dejara dormir. Pronto cerré los ojos y, en un estado entre el sueño y la vigilia, sentí en mi brazo izquierdo que una textura reseca y fría rozaba mi piel. Abrí los ojos por instinto y entonces la vi. Sus ojos muy abiertos, como los de un búho, me miraban fijos. Su boca abierta estaba pegada a mi brazo y sus dientes podridos y rotos se cerraban de pronto con gran fuerza sobre mi piel. No pude gritar. Sentí una corriente eléctrica recorrer todo mi cuerpo. Mis brazos y piernas no reaccionaron. Mis lágrimas brotaron de mis ojos. Cuando la cosa me soltó, en un solo movimiento se metió debajo de la cama y hasta entonces pude gritar. Mis papás llegaron en un par de segundos a mi habitación. Incluso Fabiola entró asustada. Yo miraba mi brazo amoratado, con la mordida de aquella bestia. Ellos me miraban aterrados, haciendo preguntas que no pude distinguir. Yo estaba todo orinado. Fabiola empezó a llorar. Mis padres me abrazaban y me preguntaban qué había pasado. Después ya no recuerdo nada, dicen que me desmayé y entonces me trajeron al hospital.

Pedimos permiso para faltar unos días a la escuela. Mis papás se quedaron en casa a cuidarme. En el hospital me recetaron algunos medicamentos y dijeron que no era nada grave, pero que tenían que seguir haciéndome estudios. Las dos noches pasadas dormí en cama de mis papás y, como Fabiola también tenía miedo, dormimos los cuatro en la misma habitación. Ya no quise decir nada porque tenía miedo de que me encerraran en un manicomio, pero volví a escuchar los dientes bajo la almohada.

No sé si algún día descubrirán esta libreta. No me gustaría. Sabrían el tipo de cosas que vi, que escuché, que sentí. No quiero que tengan miedo de vivir en este lugar. De cualquier forma, parezco ser el único al que acosa esa maldita bruja. Tampoco quiero que piensen que estoy loco, pero la marca en mi brazo prueba lo contrario. Esa cosa me mordió y se escondió bajo mi cama. Estoy completamente seguro.

Todo ha estado en relativa calma. No he vuelto a escuchar los dientes bajo mi almohada. Henry ya no ha ladrado. Volví a la escuela para ponerme al corriente con las clases. Todo el mundo me preguntó qué había pasado. Les dije que tuve una descompensación por falta de sueño, pero que ya estaba tomando medicamentos y que me sentía mucho mejor.

Dejé de escribir unos tres días en esta libreta. No puedo mover las piernas. Desperté sin poder mover las piernas. Me volvieron a llevar al hospital. Me hicieron estudios, me inyectaron, me metieron en una máquina enorme para revisar mi cerebro. Dicen que pronto tendrán resultados, pero yo sé que no tienen idea de lo que sucede. Yo sé que es por culpa de ella. Me tiene. No sé cuánto tiempo más voy a resistir. Ya no quiero decir nada a mis papás, no quiero involucrarlos. Sólo me quiere a mí. Si alguno de estos días ya no despierto, cuando vean esta libreta sabrán lo que pasó.

No puedo más. Desperté al sentir un peso sobre mi cuerpo. Ella estaba de cuclillas sobre mí, con su nariz junto a la mía. Sus ojos de búho me miraban fijamente. Yo lloraba sin poder apartar la mirada. Sin poder gritar. Sin poder hablar. No sé cuánto tiempo pasó. Tal vez horas en la misma posición. Oliendo su aliento fétido. Su aroma a pomada de alcanfor. Viendo su sonrisa histérica. Sin previo aviso, reptó hacia atrás lentamente y bajó de mi cama para meterse debajo. Desde entonces no pude mover un sólo músculo. Vino una enfermera, me inyectó. Yo seguía en estado de shock, llorando, pero sin poder mover un solo dedo. Fue hasta esta mañana que pude moverme. No puedo hablar. No me salen las palabras, ni siquiera puedo emitir ruidos. Aprovecho el poder mover mis manos para escribir todo lo que pasó, para que mis padres sepan lo ocurrido. No sé cuánto tiempo más resistiré. No sé cuánto tiempo más estaré con vida, pero sé que ella regresará. Huyan.



EL BÚHO

TERCER LUGAR

María Belén Romero Rangel

INTRODUCCION

Sucedió del mismo modo inesperado con el que las catástrofes acechan a sus víctimas, e incluso a sus victimarios. Siempre he creído que algo externo nos elige en el lugar, en el momento, como quien elige a los actores para representar su obra. Una obra tétrica y oscura, donde quienes participan son incapaces de entender que aquellos actos son tan solo parte del papel que les toca jugar. Y de pronto, la osadía del tan ansiado final es observada desde arriba por su creador, quien la contempla orgulloso. Yo solo fui una marioneta de una de esas obras...un señuelo de su diversión...

EL BÚHO

Era magistral. Y terrorífico a la vez. El horror y la hermosura en uno mismo. Su solo recuerdo es lo que hoy alimenta mi locura, lo que me mantiene aquí, y a cada latido sé que aún sigue vivo, que vive en mí como yo un día viví para él. He de admitir que al verlo todo mi ser quedó impregnado de algo que no reconozco. Pudiera ser fascinación, pero en el caso que lo fuera me atrevo a asegurar que no es normal, ni mucho menos ordinaria. Es más, podría decir que raya en lo siniestro, en lo macabro y, aunque sepa que las consecuencias de todo esto me han llevado a un desquicio del cual ya no puedo salir, reconozco que aún me duele saber que era todo esto. Cualquiera hubiera caído al verlo, hubiera dicho que era majestuoso, imponente, sencillamente una obra maestra, sin saber todo el horror que se ocultaba. Yo dejé que sucediera, sin notar en un momento que se avecinaría. Todo ocurrió en el lugar donde nació: Irlanda.

Crecí en la ciudad de Sligo, en una familia de joyeros. Mi padre lo era, mi abuelo también; mi madre lo fue un tiempo,

y varios de mis tíos tenían que ver también con las joyas. Es de suponer que desde pequeño adquirí el mismo gusto, y fui aprendiendo con el paso de los años para desarrollarme en el ramo familiar. Y al igual que todos ellos, adoraba mi profesión. Sabía reconocer desde la más pequeña piedra hasta el más costoso diamante. A pesar de que las joyas eran mi pasión, decidí tomarme un descanso para estar con mi familia.

Tenía una esposa y 2 hermosos hijos: el mayor, Bryan de 7 años y la pequeña Kayley de 5. Aparte de las joyas, ellos eran lo más valioso que tenía en el mundo y lo que más amaba. Después de charlar una tarde juntos, decidimos vacacionar en una casa que un amigo mío me recomendó. Me había comentado que era bastante grande y se encontraba en el pequeño poblado de Adare, un lugar bastante tranquilo. Poseía aquella propiedad por parte de la herencia de un tío lejano, por lo que no la frecuentaba y ya que nos conocíamos desde hace varios años, había decidido prestármela para que ahí pasáramos nuestra estancia. Accedí, y a los pocos días me llevo a conocerla. Estaba en medio de una zona boscosa, pero acogedora. Era hermosa, grande y con un amplio jardín. Todo parecía perfecto. Después, me invito a pasar, mientras me contaba que él nunca había recorrido la casa en su interior, pues, sinceramente no le había prestado interés. Al entrar algo se impregno en mí, como el aroma de algo extraño que inconscientemente me hizo sentir un leve escalofrío que me recorrió en segundos el cuerpo. No sé qué quiso decir, pero al instante, una leve punzada en el pecho me hizo estremecer. Me lo presione al sentirla, pero mi amigo, sin darse cuenta, recorría la casa encendiendo luces y quitando mantas que cubrían las cosas. De pronto, una exclamación suya hizo que olvidara la sensación de hace un momento, y me pidió que lo siguiera.

¡Ey, Mark, ven a ver esto, va a encantarte! Desorientado, camine hacia donde se encontraba, cuando al llegar a su lado lo que mire me dejo impactado, al tiempo que él me decía ¡Mira! Era una escultura de aproximadamente 4 metros de altura y bastante luminosa, que representaba la figura de un búho, y estaba formada de piedras preciosas, toda ella era brillante, sus

ojos eran de un negro profundo, y lo demás era de un color dorado pero cubierto de piedras similares al diamante, que, aunque traté y aun sabiendo de joyas, no pude identificar a ciencia cierta. Pude aproximarme a decir que parte de ella estaba hecha de oro, tal vez era algo más. Lo único que recuerdo es que al verla me quede perdido en su mirada y en todo su esplendor. Algo de mí se adentró en ella. Mi amigo me miraba, yo seguía en la escultura y sólo se apresuró a decirme:

¿Qué te parece? Yo aún estaba perdido, la observaba como hipnotizado y no dejaba de analizar cada detalle de su creación, cada piedra, cada forma, hasta que mi amigo, viendo que no respondía, me sacudió del hombro y me dijo: Ey, Mark, sé que es bastante impresionante y hermosa, pero vaya que te ha impactado. No te preocupes, tendrás todas las vacaciones para analizarla. Sólo atiné a responderle: Sí, es magistral, es... Bueno sí, me interrumpió, pero ya vamos que nos falta el resto de la casa y no te traje sólo a ver estatuas, eh, anda.

Si, ya voy, respondí. No supe que pasaba, mi mirada tardó en despegarse de la figura; era como si algo la llamara, como si temiera que, al dejar de hacerlo, algo le ocurriera. Seguimos viendo la casa y no ocurrió nada que llamara más mi atención, tan solo la figura. Al terminar el recorrido, mi amigo dijo que el día que quisiera la podíamos ocupar. Yo le agradecí y nos fuimos. Al llegar le platiqué a mi familia sobre la casa y quedaron fascinados en ir cuanto antes, también les comenté que había algo que quería mostrarles al llegar pero que sería sorpresa. Por supuesto, hablaba de la escultura. Al irse a dormir los niños, mi esposa me preguntó qué era lo que quería mostrarles. Respondí que no fuera impaciente, que pronto lo vería. Y dormimos. A los días siguientes ya no recordé con gran impaciencia la estatua, y aunque tampoco la olvide, ya no me producía mayor emoción. Pronto llegó el día de irnos. Empacamos todo y marchamos rumbo a la casa. Al llegar los niños corrieron por el jardín y a abrirlas la puerta, entraron impacientes por ver aquello que les había contado, hasta que algo los detuvo. Era la estatua. Ahí frente a sus ojos, brillaba en todo su esplendor. Sus caritas yacían

sorprendidas al ver una escultura tan grande y tan brillante, pronto mi esposa también la miro y se acercó a ella, pero hubo algo que la hizo alejarse.

¿Que les parece?, les dije, ¿no es hermosa? Los niños me respondieron:

—Es muy grande papá —dijo Bryan.

—Y muy brillante —exclamó Kayley.

De pronto Bryan agregó: ¿Te imaginas lo que le debió haber costado al que la hizo papá?

—Tal vez su propia vida- respondí —no supe por qué.

Después mi esposa comentó:

—Es demasiado deslumbrante e imponente, pero tiene algo que me asusta, no sé, hay algo en su mirada—

—Rebeka, por favor, no pienses eso, esta estatua es maravillosa, todo puede darte, menos miedo, vamos.

—Pues como quieras, pero es algo que siento.

Así pasaron varios días, sin el menor incidente, hasta que una mañana note algo distinto en la estatua. Su brillo había disminuido. Sentí una gran curiosidad. La estatua llevaba ahí muchos años ahí, supongo y siempre había estado brillante, sin mantenimiento alguno y ahora, de un día para otro, lucía más opaca. Debo admitir que ese sólo hecho me sembraba una gran duda, una duda inexplicable, y sin saber por qué, se acrecentaba a cada momento. Sentí la enorme necesidad de buscar algo que hiciera que volviera a brillar, que volviera a ser como antes. Había llevado mis herramientas, pues antes de partir ya había planeado examinarla, pero ahora no solo era eso, quería saber que podía hacer para que siguiera siendo hermosa y probé de todo, use varias soluciones para limpiar joyas, pero nada funcionaba y con el paso de los días la escultura se opacaba más.

Los niños preguntaron que le había ocurrido, les dije que aún no lo sabía pero que lograría que se viera como antes. Mi esposa empezó a cuestionarme sobre que pasaba conmigo, que la mayor parte del tiempo me la pasaba observando y limpiando la escultura, que había días que no comía y noches que no dormía por tratar de mantener la figura tal y como era cuando llegamos a esa casa. De todo eso que ella dijo yo nunca me percaté. Mi mente ahora solo la ocupaba la escultura y hacer que siguiera siendo la de antes, sentía como si ella misma me lo pidiera, como si quisiera que ayudara a que su brillante hermosura siguiera tan fuerte como siempre.

Con los días me volví más irritable, ya no soportaba hablar con mi esposa y sentía que mis hijos me miraban con miedo. Me dedicaba a la estatua al cien por ciento, incluso hablaba con ella, se volvió parte de mí, mi complemento, mi necesidad, y no permitía que alguien la tocara. Un día la pequeña Kayley se acercó a ella y por error la rozó un poco. Recuerdo que en cuanto lo hizo me llene de ira, me levanté de donde estaba y estallé en insultos contra ella, que asustada se alejó llorando a brazos de su madre, quien me gritó que ya no me reconocía y quería que nos fuéramos, yo le respondí que no lo haría hasta que descubriera que era lo que ocurría con la estatua. Con lágrimas de furia me gritó que esa maldita estatua me estaba desquiciando y que maldecía la hora en que habíamos ido ahí. Yo estaba casi fuera de juicio, quise abalanzarme contra ella por un impulso extraño, pero un gramo de conciencia que aún quedaba en mí hizo que me detuviera. Después de eso, ella y la niña se fueron llorando a la cocina. Yo regresé a la estatua y ahí estuve otro rato hasta que oí un grito proveniente de la cocina, era Kayley.

¡Mamá, mamá! ¡Me corté, ayúdame!, gritaba en un sollozo. Yo me acerqué a la cocina para observarla. Vi su pequeño dedo cubierto de líquido rojo, la herida había sido profunda, Kayley no paraba de llorar y la sangre seguía emanando abundantemente. Al verme, sintió una especie de miedo y se alejó corriendo en busca de su madre, pero no pudo evitar que algunas gotas de su sangre cayeran al piso. Al ver lo que ocurría sentí una especie de frenesí enloquecido, las gotas

desaparecieron. Por inercia mire la estatua. No era posible: había vuelto a brillar. De nuevo se veía radiante. Me quedé atónito. Fui hacia ella, como todo un desquiciado. y alabé su hermosura, pero a la vez, un terror inmenso se apoderó de mí: ¿Y si la sangre no hubiese sido suficiente?, ¿si con los días su brillo se volvía a apagar? Ya nada me importaba, solo quería que siguiera brillando, sin importar lo que hubiera que hacer. Y, en efecto, mi suposición no era equivocada. Al pasar dos días el resplandor de la estatua volvía a desaparecer y sentí pánico, un pánico enfermo que aún me da terror revelar. De inmediato corrí a la cocina, abrí un cajón, tomé un cuchillo y sin pensarlo más me corté una muñeca. La sangre empezó a brotar en abundancia, no me importo el dolor, corrí a la estatua, que poco a poco ante mis ojos, resplandecía de nuevo. Ahí junto a ella viendo la sangre correr sentía una felicidad inmensa, empecé a reírme, ya no era yo, algo desconocido y demente se había apoderado de mí y ya no supe nada más. Al día siguiente, me desperté junto a la estatua que brillaba. No había rastro de mi sangre, pero mi herida seguía fresca. Como no había sido tan profunda, el sangrado se había detenido y nadie noto la locura de una noche antes. Cuando mi esposa se levantó, me miró el brazo preguntándome que me había ocurrido, le dije en un tono casi enfurecido que me dejara en paz, que se largara y ella me respondió en un grito que eso era lo que había querido hacer desde hace días y se alejó. Claro que yo sabía que no podía ir a ningún lado porque no sabía manejar y en la zona no había transporte alguno que la llevara de regreso a Sligo.

Yo seguí observando a lo que hoy llamaba “mi obra maestra”, pues llevaba de mi sangre. Pero para mí decepción, su brillo volvió a desaparecer esa misma tarde. Supe de inmediato que necesitaba la sangre de ellos, pues la mía no le servía. Pronto ideé un plan de como empezaría. Decidí primero irme por Bryan, sabía que no sería difícil. Se encontraba en el sillón. Con sigilo me dirigí a la cocina, Kayley y su madre se encontraba en el piso de arriba. Tomé un cuchillo y le llamé. Él se extrañó de mi llamada ya que hacía tiempo no le hablaba, le dije que viniera y él con temor acudió a mí. Ya teniéndolo cerca lo tomé del brazo

y le dije que lo necesitaba, él me miró asustado y trató de escapar al ver mi mirada desorbitada y el cuchillo que se encontraba en mis manos pero no pudo. En un movimiento rápido y feroz, corté su garganta, sin compasión. El pobre no pudo ni exhalar un grito. Nada me importo, lo deje desangrándose ante el imponente búho, viendo como resplandecía increíblemente. Estaba yo loco, mi excitación era inimaginable. Después de un rato, arrastré el cuerpo, lo metí en una habitación y la cerré con llave.

Mi esposa y la niña no habían bajado. Entonces maqué que cuando el resplandor de la estatua empezara a disminuir nuevamente, yo debía tener a Kayley lista para seguirle dando vida con su sangre. Esa noche planeé como separarla de su madre y desaparecerla después, pero debía ser rápido, pues no tardarían mucho en darse cuenta de la desaparición de Bryan. Como lo supuse, al momento llego mi esposa preguntándome donde estaba el niño, y quiso atacarme, cuestionándome sobre que le había hecho. Le detuve las manos, y en un movimiento logro arañarme el rostro, eso bastó para que me descontrolara, la empujé y estrellé su cabeza contra la propia estatua, que al instante le dejo ver una herida, de la cual ya emanaba sangre, pero no estaba muerta, sólo inconsciente. Dejé que brotara un poco y luego decidí terminar con ella de una vez, tomé un mazo que tenía a la mano y no dude en frenar mi ira contra su cabeza. No quedó nada. No sentía arrepentimiento alguno, solo un éxtasis irrefrenable. Pronto decidí ir por Kayley, aún no sé cómo fui capaz de tanto, subí por ella, pero con el ruido se había levantado y escondido, más la halle dentro del closet; lloraba, gritaba y me decía que no lo hiciera, pero yo ya era una bestia, no sabía lo que hacía, la llevaba cargando por el pasillo y empezó a patallar de una manera desesperada, trató de sujetarse de una barandilla que daba al piso de abajo, y debido a sus pataleos y el forcejeo por un momento la solté, provocando que cayera proyectada al vacío y estrellándose con tal tino en la inmensa estatua que abarcaba casi todo el centro de abajo, quedando su inmóvil cuerpo encima de la cabeza de aquel búho que me había llevado a la locura. Después no supe que pasó.

Desperté hasta la tarde del otro día y al observar todos aquellos destrozos, por primera vez sentí dolor, repudio, asco, odio hacia aquel monstruo que yacía altivo y brillante pero ahora cubierto por un tono rojizo que igual de radiante, no era más que la sangre de mi pequeña Kayley, de aquella pobre infeliz hija mía con la que terminé, a su lado en el piso yacía lo que quedaba de mi esposa Rebeka, aquel ser que tanto amé, y que ahora sólo era un despojo. ¡Qué clase de cosa era yo! ¡Qué maldición había hecho tanto daño en mí! No lo entendía. Volteé, y dentro de mi demencia al fin la vi, la maldición, tan resplandeciente y lucida, orgullosa, como riéndose de mí. Sentí un odio más irrefrenable que el que me había llevado a cometer todo esto y con el mazo, con el que le había quitado la vida a mi mujer comencé a golpear aquella criatura maldita. No obtuve mucho éxito, así que busqué más herramientas, cualquier cosa que la destruyera, y así fui rompiendo aquellas piedras diabólicas, aquellas joyas que habían acabado con mi vida, pero al hacerlo comencé a sentir una especie de dolores en el cuerpo, como si por cada cristal que destruyera, uno se fuera clavando en mí. Luego ya no supe más. Aparecí aquí encerrado después de días de estar inconsciente por fuertes heridas internas, como si hubiera tragado cristales. Hoy solo sé que aquello no fue solo mi locura, que aquello, sea lo que fuere, existió y se apoderó de mí, y a pesar de todo lo que en mi ocasionó y de que me condenó a vivir dentro de sus malignas y podridas entrañas, esperando el momento de que alguien, que, como yo, se deslumbre por su brillante belleza y me alimenté de la sangre de quien ama, puedo decirlo aún: era magistral, y terrorífico. El horror y la hermosura en uno mismo.



INSCRÍBETE A NUESTROS TALLERES

TALLER DE LECTURA

Pon en marcha tu capacidad de comprensión y crea una relación entre la lectura, el aprendizaje y el placer.

TALLER DE ESCRITURA CREATIVA

Un espacio de aprendizaje de técnicas y estrategias para impulsar y fomentar tu creatividad.

TALLER DE APRECIACIÓN ARTÍSTICA

Aborda las diferentes corrientes y conoce los elementos estéticos que te ayudarán a apreciar cada expresión artística.

Para mayor información y/o horarios:
info@porescrito.org



COMO AGUA ENTRE LOS DEDOS

DE JOSÉ IVÁN GUTIÉRREZ NAVARRETE

Legamos a la playa muy de mañana, me acompañaba Ernesto, el encargado de mi seguridad, el sol comenzaba a brillar en la lejanía, parecía ir emergiendo del aquel inmenso mar como asoman las ballenas sus espiráculos para tomar aire. Su reflejo en el agua se estiraba, dibujando una gran franja hasta alcanzar mis pies. Ernesto sonrió al ver mi cara entusiasmada, era la primera vez que veía el mar y me pareció algo inalcanzable. El deseo de conocerlo por fin se cumplía, Ernesto me dirigió hasta la orilla, sacó una silla del coche y la colocó sobre la playa, ahí me mantuve sentado. Con el movimiento de las olas, el agua alcanzó mis pies, sentí al contacto lo fría que estaba, la arena se colaba entre mis dedos y se adhería a mis tobillos.

Con el paso de las horas el sol se colocaba en lo más alto y la temperatura aumentaba, las olas que se rompían al entrar en contacto con la arena me hacían la invitación de entrar en ellas, le pedí entonces a Ernesto que me ayudara a acercarme un poco más. Colocó la silla dentro del agua, cosa que me pareció muy divertida, el agua alternaba un su movimiento un metro adentro

y un metro afuera, esto me empujaba cada cierto tiempo más a fondo. Sentía el movimiento de los peces que mordisqueaban mis pies, reía con alegría.

Ernesto sacó de su bolsa un protector solar y me llenó la cara con el, regresó al coche para guardar lo que no era necesario y en el trayecto tuvo la fortuna de entablar una conversación con una hermosa chica de bikini morado, con quien pasó un largo rato.

Se olvidó de mí, la silla se había enterrado, cosa que me daba más confianza, no obstante, el agua había alcanzado mi pecho.

A la distancia miré que el mar se empezaba a picar, intenté gritar pero el grito del mar mitigó al mío, intenté levantarme pero las olas eran más fuertes que mi cuerpo, en ese momento una enorme ola arremetió contra mí, con la fuerza de todo un mundo, escuché el crujir de mis huesos opacado después con el estruendo sordo del agua cubriendo mis oídos, mi cuerpo diminuto impactó en diferentes ocasiones con una masa revuelta de agua y arena.

Recuperé la conciencia resultado de los espasmos que me hacían expulsar el agua que había tragado, abrí los ojos y una gran cantidad de personas rodeaban mi cuerpo pálido y escurrido, Ernesto me miraba con horror, esto podía costarle su empleo, me hablaba, pero aún me era imposible entender lo que me decía.

El rescatista me envolvió en una toalla y me cargo hasta la sombra de una carpa, pasé toda la tarde ahí viendo la puesta de sol sentado en una silla, pensando que había estado a punto de morir, la idea me parecía tan espantosa pues era la primera vez que conocía el mar. Ernesto vino por mí, me cargo hasta el automóvil, no hablamos durante el trayecto de vuelta, al llegar a casa me preguntó mi edad, yo respondí: ochenta y cinco, bajé del auto y caminé hacia la puerta del asilo de ancianos sujetando mi cadera aun adolorida por el golpe.



ANHELO

DE GUADALUPE ALESSIO ROBLES

No podía claudicar. Mis convicciones eran firmes. El movimiento crecía y se desarrollaba con asombrosa rapidez y por ello tenía que continuar. Si bien, mi posición era privilegiada, sentía que el gobierno que nos regía era sumamente injusto. Los españoles acaparaban los puestos más importantes en el Gobierno del Virreinato, el Ejército y la Iglesia. Ellos tenían el derecho de ser nombrados virreyes, miembros de la Real Audiencia, intendentes, inquisidores, altos jerarcas eclesiásticos y militares; y por otro lado, los criollos, mestizos, indios y negros, estaban marginados de la vida política.

Esta situación comenzó a causar un profundo malestar entre los criollos, además de que diversas prohibiciones impedían el libre comercio de este país, con otras colonias o países. He de decir que, a simple vista, el sistema político y colonial parecía menos impune, pues había balances y contrapesos: estaba la iglesia, la audiencia y las grandes corporaciones quienes eran otros tantos factores de poder, además del virrey, quien a pesar de ser la máxima autoridad, no siempre tenía la última palabra. Sin embargo, sólo unos cuantos al Rey o al Consejo de Indias en España.

También, estaba la figura del visitador quien inspeccionaba la buena marcha del reino, y el juicio de residencia, al cual era el mecanismo formal más importante contra la impunidad, y a través del cual las personas estaban obligadas a rendir cuenta pública de todo lo hecho. Pero a pesar de todo lo anterior, la impartición de justicia estaba plagada de sobornos, influencias y eras desigual. Toda esta situación llegó a un límite intolerable, el malestar era general entre la población novohispana. Los juicios podían durar meses, incluso años, con el desfavorable resultado de ser castigados con multas inmensas o con la confiscación total de todos los bienes, los criollos, mestizos e indígenas siempre eran las víctimas.

La exagerada imposición fiscal, había puesto a mi familia al borde de la ruina, debido el embargo y constante amenaza de remate de nuestra hacienda en Jaripeo, que era nuestro único patrimonio. Esto afectó sobremanera, la ya precaria la salud de mi esposo, causándole posteriormente la muerte. Por ello ya nada tenía que perder.

Conocía desde hacía tiempo al Padre Hidalgo, pues su familia tenía haciendas cerca de la nuestra. Era un hombre muy reconocido y con carisma, era singularmente apreciado por las autoridades civiles y eclesiásticas de su intendencia y de su diócesis. En las tertulias de la hacienda a las asistía con regularidad, sobresalía como una persona notable; no sólo era inquieto sino excéntrico, era un hombre libre y brillante que atraía, y su conversación seducía. La relación con nuestra familia era muy estrecha.

Hidalgo buscaba convertir la teología en caridad y todo esto se manifestaba en su trato con los indios, pues sabía sus lenguas y les enseñaba artes y oficios. Era un empresario innovado e industrial, pues no sólo administraba las pequeñas haciendas familiares, sino que también criaba abejas, curtía pieles, fabricaba loza, cultivaba viñedos y en su última parroquia del pueblo de Dolores, extendió el plantío de moreras para la cría de gusanos de seda. Su personalidad me atrajo desde el primer momento, ya sabía que era imposible sostener una plática sobre el descontento de los en las grandes tertulias, pero en las reuniones clandestinas, con un pequeño número de personas, poco a poco se fue fraguando lo que más tarde sería la insurrección.

Recuerdo en una de estas reuniones escucharlo decir que “La soberanía residía esencialmente en los pueblos y no en los reyes, que estos la recibían de aquellos con el pacto y condición indispensable de no ejercerla sino en su beneficio y utilidad, y que de lo contrario podían deponerlos y aún hacerle

la guerra al rey”. Hidalgo intentaba la asunción de la soberanía popular por el pueblo mismo, su móvil personal era similar al que acariciaba la mayoría de los criollos: la independencia de la Nueva España. Consideraba que el depender de la metrópoli por trescientos años había sido la situación más humillante y vergonzosa que la Nueva España había sufrido.

Él sólo tenía un propósito: destruir el viejo orden, reparar sus iniquidades sociales y étnicas y vengar viejos agravios de los opresores. Desde principios del año 1810, nos reuníamos un pequeño grupo de criollos con el propósito de organizar a los descontentos para levantarse en armas contra los españoles. Mi función era llevar información a otros grupos sobre dónde y cuándo serían los levantamientos. Concerté citas, difundí ideas y sobre todo, aproveché mi posición para auxiliar a los insurgentes con noticias y elementos de guerra. Nosotros los criollos novohispanos aprovechamos

La situación incierta que privaba en España, para promover la formación de un gobierno autónomo. Fue entonces que los peninsulares reaccionaron violentamente para sofocar el movimiento independentista. No hubo otra salida, el único recurso para lograr la independencia fueron las armas. Los españoles con su terquedad no nos dejaron otra opción. En Valladolid la operación fracasó, pero ya venía otra nueva en Querétaro a tomar su lugar, encabezada por el Padre Hidalgo, Ignacio Allende y Doña Josefa Ortiz de Domínguez.

Todo lo sucedido aquella madrugada del 16 de septiembre, usted ya lo conoce. El padre Hidalgo convocó al pueblo a levantarse en armas en contra del mal gobierno. Los resentimientos acumulados estallaron y con ello la Guerra de Independencia. En la Alhóndiga de Granaditas se libró una sangrienta batalla, esta sintetizó los deseos de un pueblo por librarse de la opresión,

He corrido la misma suerte que muchos de los insurgentes que fueron derrotados y capturados. Sé también que los principales caudillos de este movimiento independentista cayeron prisioneros y que ya fueron fusilados. Le he pedido a usted Señor Canónigo que viniera el día de hoy a esta prisión a escuchar mi testimonio. De mis acciones, no me arrepiento, pues mi sueño es que esta nación se convierta algún día en una patria libre y soberana. Mi ejecución será mañana al amanecer, después de terminar esta confesión le pido me de la absolución. No podía claudicar mis convicciones eran firmes.



CÓMO LLEGUÉ A SER PINTOR

CECILIA DURÁN MENA

—Déjame ver—me dice Eduardo Amezcua, sin enterarse todavía que estaba contestando las preguntas para estas Conversaciones. Sonreía con tanto gusto, mientras elevaba la mirada, como si estuviera buscando recuerdos muy viejos. —Mira, empecé a pintar hace 20 años cuando ya con dos hijos caí en un pequeño vacío de actividades. Soy ingeniero civil de profesión, pero mi trabajo me permitía tener muchas tardes libres y fue ahí cuando decidí hacer uso de ese tiempo en algo constructivo. La elección todavía me sigue sorprendiendo—Yo mismo nunca imaginé que el pintar se convirtiera en esta gran pasión.

—Entonces, ¿de dónde viene esta habilidad para plasmar figuras en una hoja en blanco?— se lo pregunto mientras lo veo tomar una manteleta de papel y trazar una taza de café con proporción y profundidad, apenas en unos segundos. Eduardo Amezcua es de esas personas que no pueden estar sin hacer algo, sin estar moviendo los dedos, sin estar entretenido en algún proceso creativo. Deja la pluma junto a la nueva creación y frunce los labios.

—Estoy seguro de que no tengo ninguna habilidad especial — ahora la que frunce los labios soy yo, quiero adivinar si se trata de

falsa modestia y antes de poder decir algo, Eduardo me revela lo que piensa— la pintura, que es noventa y cinco por ciento de transpiración y sólo cinco de inspiración, es generosa para quienes la siguen. Me dediqué y poco a poco, con paciencia. Mejoré hasta lo que soy ahora como pintor.

—¿Qué te lleva a pintar?

—Me inspira la belleza y el espíritu principalmente. La belleza, aclaro, no es en relación con lo establecido como “*belleza en moda*”. Es la belleza de forma verdadera, la que se puede esconder incluso en lo que causa horror. Es la forma obvia y que todos se puedan identificar para dar lugar a la idea y al espíritu.

—¿Qué pintas?

—Mi obra varía desde lo tradicional mexicano, el tema religioso y en mis ratos libres, de estudios de personajes típicos de terror tratados con técnica clásica. Eventualmente, la pintura de reclama. Te pide que dejes de ser un aficionado que confía que saber dibujar es suficiente. Te exige. Por eso, logré concluir una Maestría en Artes Plásticas. Volví a las aulas y de ahí surgió la idea, junto con Paco, mi hermano músico, de regresar un poco a la sociedad de lo que nos

había dado. De ayudar a nuestra comunidad que con talento, pero sin oportunidades merece más. Creemos la academia “*Adonis Arts Academy*” para enseñar a un bajísimo costo.

—¿Qué buscas con esta academia?

—Abrir la posibilidad a niños a ampliar su horizonte y sus medios para lograr más en el arte y en todo tipo de actividades que decidan emprender.

—¿A quién le enseñas?

—Mis alumnos son hispanos principalmente de entre siete y quince años edad. Aunque tengo alumnos de descendencia china, anglosajona y filipina. También se imparten clases uno a uno a muchachos adultos con necesidades especiales. Esto último, es motivo de gran satisfacción, pues son alumnos muy dedicados y de gran

entusiasmo. Cabe decir que la academia no es negocio. Salimos en números rojos cada mes, pero la satisfacción de aportar no tiene precio y tanto mi hermano como yo sabemos que nuestros padres desde el cielo estarán contentos de esto que hacemos y que sí, nos hace sentirnos orgullosos de nuestras raíces hispanas y mexicanas.

—¿Expones tu obra?

—Soy un pintor muy tímido, no me imagino frente a esos reflectores. Prefiero sentarme frente al caballete que frente a una audiencia.

Eduardo Amezcua es un pintor méxico-estadounidense que vive en California y entiende que los brazos que se extienden al arte sirven para abrir caminos que pueden llevar a destinos inimaginadamente maravillosos.



Eduardo Amezcua



CONSEJO EDITORIAL

Editora General

Cecilia Durán Mena
Cecilia@porescrito.org

Diseño Editorial

Depto. de Arte y Diseño
IMPRECEN, SA. DE C.V.

Fotografía de portada

Daniela Fischer D.
Incienso

Digital

www.porescrito.org

Ventas y Suscripciones

ventas@porescrito.org

Contacto

contacto@porescrito.org
55 70 90 67 51 y 55 70 90 81 15

Los textos e ideas que aquí se publican son responsabilidad de quien los firma.

Pretextos literarios por escrito



es una revista bimestral. Número Diez. Editora responsable Dra. Cecilia Durán Mena. Número de Certificado de Reserva de Nombre otorgado por el Instituto Nacional de Derecho de Autor 04-101416143900-102.

Número de Certificado de Licitud de Título y Contenido #16609. Domicilio de la Publicación: Centenario 66, Col. Del Carmen, Coyoacán, C.P. 04100, México, D.F.

Impresor: Imprecen SA de CV, carretera Guanajuato-Juventino Rosas, Km 12, Col. La Carbonera Guanajuato, Guanajuato.

Distribuidor: Grupo Mangolu, S.A. de C.V.
Centenario 66, Col. Del Carmen, Coyoacán, C.P. 04100, México, D.F.

Ultimátum

*¡Cuán benditas son las personas, cuyas vidas no temen,
para quienes el sueño es una bendición que viene todas las noches,
y no trae nada más que dulces sueños!*

**Drácula,
Abraham Bram Stocker**